

animal, volvió á apoyarse en ella, y dirigiéndose á su vez al eunuco que no se acordaba ya de él, le tendió en tierra del puñetazo mas magnífico que recibió jamás rostro de eunuco; en seguida, como verdadero parisiense, le arrojó su tarjeta que habia trasladado del bolsillo de su chaleco al de su abbaye, á fin de que si el eunuco no estaba contento supiese donde hallarle. Pero este, asustado con un tratamiento á que estaba tan poco acostumbrado, se incorporó sobre las dos rodillas, y viendo á Mayer que le presentaba un papel le besó humildemente. Mayer, satisfecho de aquella demostración, verificó al fin la maniobra indicada por Mohammed, y tomando hácia la izquierda se reunió á nosotros, mientras que la comitiva detenida un instante continuó su camino hácia el baño.

Apenas Mayer estuvo con nosotros, Mohammed, sin decir una palabra, cogió con ambas manos las bridas de sus burros y emprendiendo el galope, nos llevó por una multitud de callejuelas, y al terminar aquella carrera, entramos al mismo paso en el patio del consulado francés. Allí preguntamos al fin á nuestro intérprete la razon de aquella carrera muda y forzada; mas él no nos dió otra respuesta que estas palabras: *decid al cónsul — decid al cónsul.*

En efecto, este era el camino mas corto para saber á qué atenernos; subimos á ver al vice-cónsul para referirle lo que habia pasado: nos escuchó con terror, y terminada nuestra relacion:

— Vamos, dijo, por fin todo ha concluido del mejor modo posible; mas si el eunuco os hubiese hecho dar de puñaladas en la plaza, ni aun me hubiera atrevido á reclamar vuestros cadáveres.

Lo que nos habia salvado es que el imbécil, al verse castigado de aquella suerte, habia pensado que no podíamos menos de ser dos grandes personajes y habia tomado la tarjeta de Mayer por un *firman*.

Permanecimos ocultos en el consulado hasta la noche, y luego que esta llegó nos hicieron volver á conducir directamente á nuestro barrio.

VII.

MOURAD. — LAS PIRAMIDES.

El 1.º de julio de 1798, tocó Bonaparte la tierra de Egipto, cerca del fuerte Marabout, á alguna distancia de Alejandria.

Ved aquí cuál era el estado político del Egipto cuando ese suceso acaeció. Esto nos llevará naturalmente á hablar de las causas de la expedicion, cuyos principales sucesos es indispensable que refiramos, tantas huellas han dejado en los lugares que vamos á recorrer.

La Puerta no tenia mas que una autoridad ficticia en Egipto: su pachá Seid-Abou-Beker estaba mas bien cautivo en la ciudadela del Cairo, que mandando en la ciudad; el poder real era el de los dos heys Mourad é Ibrahim, el primero emir-el-hadj, ó príncipe de los peregrinos, el segundo cheik-el-belad, ó príncipe del país.

Hacia veinte y ocho años que aquellos dos hombres tan opuestos el uno al otro se repartian el Egipto, como un leon y un tigre se dividen la presa. — Como un leon y un tigre, el uno arrebatava por la fuerza y el otro por la astucia algun jiron de aquel rico país á su aliado; pero jamás se prolongaba mucho la querrela. Al escuchar los

rugidos de alegría que lanzaban los demás beys testigos de sus disensiones, recordaban ellos sus verdaderos intereses, y juntos hacían cara al peligro común. Una vez intentaron, — este consejo político había sido dado por Ibrahim, — hacerse reconocer por la Puerta Otomana, y por consecuencia habían enviado á uno de sus adictos al Gran Señor, con caballos, armas y telas en señal de tributo voluntario; pero viendo que se había dado á su agente el título de *veckel*, es decir, lugarteniente del sultán en Egipto, y habiéndoles referido este á su vuelta las ofertas que le habían hecho para que los espíase, temieron que un enviado menos leal llevase de retorno algún día, en cambio de sus presentes, algún puñal oculto ó algún veneno sutil; cesaron, pues, de tener contemplaciones con la Puerta, y la primera señal de independencia que dieron fué no enviar ya más tributos. Desde entonces se concertó entre aquellos dos hombres un pacto de rapiña y de sangre que nada fué capaz de romper. Ibrahim con sus cínicas y vergonzosas extorsiones, Mourad con sus expediciones á la luz del día y sus violencias públicas, se ahogaron en oro: Ibrahim para amontonar el botín en sus cuevas; Mourad para arrojarlo á puñados á sus mamelucos, para cubrir á sus mujeres de perlas, sus caballos de bordados, y sus armas de diamantes. Dueños del Egipto, le reducían al hambre á su placer aquellos dos hombres; después abrían á los bazares sus almacenes que rebosaban de arroz y maíz; estas extorsiones produjeron revueltas, y las revueltas contribuciones: á esto era á lo que siempre aspiraban Mourad é Ibrahim, y esas contribuciones, repartidas con un principio de justicia completamente árabe, recaían por igual sobre los Egipcios y los extranjeros. Impúsoles su gravámen á los negociantes franceses; el cónsul se quejó al Directorio, y el Directorio tomó pretexto de esta queja para enviar un ejército francés á Egipto; ese ejército iba ostensiblemente para vengar los agravios inferidos á la nación, pero en realidad para arruinar el comercio de Londres con Alejandría y poner guarnición en Suez, punto que Bonaparte había ya designado como escala en lo futuro de la India.

Cuando los dos hombres extraordinarios que mandaban en el Cairo, supieron el desembarco del ejército francés en Alejandría, se reveló como siempre su diverso carácter: Ibrahim estalló en invectivas contra Mourad, á quien acusó de haber atraído á los extranjeros; Mourad saltó sobre su corcel de batalla, y recorriendo las calles del Cairo con sus mamelucos, mandó él mismo á los muezzines anunciar la noticia, diciendo « que estaba bien, que si él había atraído á los Franceses á Egipto, sabría expulsarlos de allí. »

Desde aquel momento ya no hubo para Mourad ni tregua ni descanso; se exaltó aquella hermosa organización salvaje, y con los mamelucos que apresuradamente pudo recoger marchó al encuentro de los recién llegados, de quienes se contaban tantas maravillas: una flotilla de djerms, canoas y chalupas cañoneras, bajaba por el Nilo al mismo tiempo que él; Ibrahim por su parte quedaba en el Cairo para prender á los comerciantes franceses y saquear sus almacenes.

En Rhamanieh estaba Bonaparte cuando supo que los mamelucos avanzaban para salirle al encuentro. El general Desaix, que desde Alejandría venía formando la vanguardia, escribía el 14, desde la aldea de Minich Salame, que un destacamento de mil doscientos á mil cuatrocientos caballos maniobraba á tres leguas de distancia, y que ciento cincuenta mamelucos se habían presentado por la mañana en los puestos avanzados. Bonaparte tomó el camino que nosotros habíamos seguido, acompañado, como Mourad, de una flotilla que subía por el río, y que conducía desde Rosseta el jefe de división Perrée; era aquel el camino más difícil y peligroso; pero también el más corto: Bonaparte le eligió. Mourad, por su parte, le había ahorrado la mitad por tierra y por agua enviándole su vanguardia; las primeras tropas de Oriente y Occidente se encontraban frente á frente.

El choque fué rudo: djerms, canoas y chalupas chocaron por sus proas y costados: mamelucos y Franceses se pusieron en contacto por las puntas de las bayonetas, y el filo de los sables. Aquella milicia, cubierta de oro, rápida

como el viento, devoradora como la llama, cargaba nuestros cuadros, de los que hacia pedazos los cañones de los fusiles con sus sables de Damasco; en seguida, cuando el fuego salia de aquellos cuadros como de un volcan, se desplegaba semejante á una faja de acero, de oro y de seda, recorria al galope todos sus ángulos de hierro, de los que cada frente le enviaba su descarga, hasta que al fin cuando veia imposible toda brecha, huia como una prolongada linea de aves despavoridas, dejando al rededor de nuestros batallones un circuito todavia movable de hombres y caballos mutilados, é iba á rehacerse mas lejos, para volver á intentar una nueva carga, inútil y sangrienta como la anterior.

A la mitad del dia, todavia volvieron á rehacerse; pero en vez de volver sobre nosotros, emprendieron el camino del desierto, y desaparecieron en el horizonte en un torbellino de arena; iban á llevar á Mourad la noticia de su primera derrota.

Esta accion habia tenido lugar en el sitio mismo del Nilo donde habíamos encontrado los bajíos.

En Gyzeh fué donde Mourad supo el descalabro de Chebreiss. Era, pues, cierto, los perros infieles iban á la caza del leon. En aquel mismo dia se enviaron mensajeros al Said, al Fayoum, al desierto, á todas partes: beys, cheiks, mamelucos, todos eran convocados contra el enemigo comun, todos debian acudir con su caballo y sus armas. Tres dias despues, Mourad tenia consigo seis mil caballeros.

Toda aquella gente que habia acudido al grito de guerra, fué á acampar en desorden en la ribera del Nilo, á la vista del Cairo y de las pirámides, entre la aldea de Embabeh, donde apoyaba su derecha, y Gyzeh, la residencia favorita de Mourad, á donde extendia su izquierda. En cuanto á este, habia hecho plantar su tienda junto á un gigantesco sicomoro, cuya sombra cubria á cincuenta caballeros. Despues de introducir un poco de orden en su gente de guerra, esperó en aquella posicion al ejército francés con la misma impaciencia que este tenia por llegar á su vista.

Ibrahim habia reunido sus mujeres, sus tesoros, sus ca-

ballos, y estaba á la expectativa dispuesto á huir al Alto Egipto.

Bonaparte fué informado en la aldea de Omedonar de que los mamelucos le esperaban dando frente al Cairo. La ciudad era el premio de la batalla. Mandó pasar revista.

Al amanecer del 25, Desaix que marchaba siempre á vanguardia, vió un destacamento de quinientos mamelucos enviados para hacer un reconocimiento, y que se replegaron sin dejar de estar á la vista. A las cuatro de la mañana, Mourad oyó grandes aclamaciones; era que el ejército entero saludaba las pirámides.

A las seis, los dos ejércitos se encontraron frente á frente.

Imagínese cada uno aquel campo de batalla: era el mismo que Cambises, el otro conquistador que iba del extremo opuesto de la tierra, habia elegido para aniquilar á los Egipcios. Habian pasado dos mil cuatrocientos años; el Nilo, las pirámides continuaban siempre allí; únicamente la esfinge de granito, cuyo rostro mutilaron los Persas, no tenia ya fuera de la arena mas que su gigantesca cabeza. El coloso de que habla Herodoto yacia tendido. Menfis habia desaparecido, el Cairo habia surgido á la superficie. Todos estos recuerdos claros y presentes en la imaginación de los oficiales franceses se cernian vagamente sobre las cabezas de los soldados, como aquellas aves raras que pasaban en otros tiempos sobre los campos de batalla y presagiaban la victoria.

En cuanto al sitio, es una vasta llanura arenosa muy á propósito para las maniobras de la caballería. Una aldea titulada Bekir se levanta en medio de ella y un arroyuelo la limita poco antes de Gyzeh; Mourad y toda su caballería se apoyaban en el Nilo, teniendo el Cairo á su espalda.

Bonaparte queria no solo vencer á los mamelucos, sino exterminarlos. Desplegó su ejército en semicírculo, formando de cada division gigantescos cuadros, en el centro de los que estaba colocada la artillería. Desaix, acostumbrado siempre á marchar á vanguardia, mandaba el primer cuadro, colocado entre Embabeh y Gyzeh: despues seguía la

division Kleber, mandada por Vial, y por último, y formando la extrema izquierda apoyada en el Nilo y la mas inmediata á Embabeh, la division del general Bon.

Todos esos cuadros debian ponerse en movimiento, marchar aproximándose sobre Embabeh, y arrojar todo al Nilo; aldeas, caballos, mamelucos, atrincheramientos.

Pero Mourad no era hombre de esperar tras algunas colinas de arena. Apenas los cuadros tomaron posiciones, salieron los mamelucos de sus atrincheramientos formando masas desiguales, y sin eleccion, sin cálculo, se precipitaron sobre los cuadros que encontraron mas próximos: componian estos las divisiones Desaix y Regnier.

Luego que estuvieron á tiro de fusil, los que acometian se dividieron en dos columnas, marchando la primera con la cabeza inclinada sobre el ángulo izquierdo de la division Regnier, la segunda sobre el ángulo derecho de la division Desaix.

Dejáronlos los cuadros aproximarse á diez pasos, y luego que estuvieron á esta distancia rompieron el fuego. Caballos y caballeros se encontraron detenidos con una muralla de llamas. Las dos primeras filas de mamelucos cayeron como si la tierra temblase bajo sus piés; el resto de la columna, arrebatada por su carrera y detenida por aquella muralla de hierro y fuego, no pudiendo ni queriendo volver atrás, recorrió, ignorando su posicion, todo el frente del cuadro Regnier, cuyo fuego á quema ropa la arrojó sobre la division Desaix, la que encontrándose entonces entre aquellas dos tempestades de hombres que se movian cual un torbellino á su alrededor, les presentó las puntas de las bayonetas de su primera fila, mientras las otras dos se encendian, y sus ángulos, al abrirse, dejaban pasar las balas de cañon, que querian á su vez mezclarse en aquella sangrienta funcion.

Hubo un momento en que las dos divisiones se encontraron completamente rodeadas, y en que se pusieron por obra todos los medios imaginables para abrir aquellos cuadros impasibles y mortíferos. Los mamelucos cargaban

hasta llegar á la distancia de diez pasos, y recibian el doble fuego de fusilería y artillería; despues, volviendo sus caballos, que se espantaban á la vista de las bayonetas, los obligaban á avanzar retrocediendo, los hacian encabritarse y caian con ellos, mientras que los caballeros desmontados se arrastraban de rodillas, rastreaban como serpientes, é iban á cortar las corvas á nuestros soldados. Duró aquella horrible pelea, tal como la describimos, tres cuartos de hora. A ver aquella manera de batirse, nuestros soldados no los creian hombres; se figuraban pelearse con fantasmas, espectros, demonios que pasaban por medio del humo y del fuego, montados en corceles fantásticos como ellos. Por fin, mamelucos ebrios de cólera, gritos de hombres, relinchos de caballos, fuego y humo, todo se desvaneció. Entre aquellas dos divisiones no quedó mas que un campo de batalla sangriento, lleno de muertos y moribundos, erizado de armas y estandartes, quejándose aquellos y moviéndose todavía como una marejada que no se ha calmado enteramente.

Entretanto Bonaparte habia dado la señal del ataque general. Las divisiones Bon, Menou y Vial recibieron órden de destacar la primera y tercera compañía de cada batallon, y formar en columna, mientras la segunda y la cuarta, guardando la misma posicion, formaban solo los cuadros, y avanzaban de aquella manera para sostener el ataque, no presentando mas que tres hombres de frente.

En esto aquella columna de mamelucos dispersa que habia desaparecido, se dirigió hácia la pequeña aldea de El-Bekir, donde pensaba rehacerse; pero una circunstancia extraordinaria habia hecho que en aquel momento se hallase en poder de los Franceses.

Lo hemos dicho ya, las divisiones Desaix y Regnier habian llegado las primeras á sus posiciones, y se habian colocado entre el Nilo y El-Bekir: ocurrióseles á algunos soldados que esta aldea podria contener agua y viveres, y pidieron permiso al general para ir allí. Esta suposicion no carecia de verosimilitud; por otra parte, bueno era reco-

nocer un punto cubierto de donde el enemigo podría salir de repente. Desaix mandó, pues, que cuatro compañías de granaderos y carabineros, una de artillería del 4.º regimiento, y un destacamento de zapadores, ocupasen la aldea á las órdenes de dos comandantes de batallón, Dorsenne y Paige, y que cogiesen los viveres que en ella se encontrasen. Nuestros forrajeadores no se habian engañado en su prevision, y estaban ejecutando su encargo, cuando oyeron tirotear la fusilería y silbar por encima las balas de cañón.

Al primer ruido del ataque, el comandante Dorsenne, calculando que el refuerzo que llevaría á las dos divisiones sería de poca importancia, y temiendo por otra parte ser envuelto con sus seis compañías, las habia repartido tras las paredes de los cercados, en las casas y en las azoteas. Los mamelucos se dirigieron directamente á la aldea, sobre la que cayeron como una bandada de perdices que se posa; mas apenas entró en las calles la cabeza de la columna, casas, cercados, azoteas rompieron el fuego á la vez. Sin embargo, los mamelucos no retrocedieron; la columna, á la manera de una colosal serpiente, se desarrolló al galope por las calles, y volvió á entrar por la extremidad opuesta toda mutilada y sangrienta, y fué, formando un inmenso semicírculo, á atravesar el riachuelo para volver á presentarse á la derecha de la division Desaix.

En aquel momento avanzaban todos los cuadros encerrando á Embabeh en un círculo de hierro: de repente la línea del bey se enciende, treinta y siete piezas de artillería cruzaron su enrejado de hierro sobre la llanura. La flotilla que estaba en el Nilo saltó sobre sus aguas sacudida por la repulsión de sus bombardas; y Mourad, á la cabeza de tres mil caballeros, se lanzó por ver si podía al fin morder aquellos cuadros infernales: la columna que habia hecho el primer reconocimiento volvió tambien contra sus primeros y mortíferos enemigos.

Cosa maravillosa de ver debia ser para la mirada del águila que se cernia por encima de aquel campo de batalla, aquellos

seis mil caballeros, los pimeros del mundo, montados en corceles cuyos piés no dejaban huellas en la arena; recorriendo como una jauría la periferia de aquellos cuadros inmóviles y encendidos, oprimiéndoles con sus repliegues, envolviéndolos en sus nudos, intentando ahogarlos ya que no podian abrirlos, dispersándose, rehaciéndose para dispersarse otra vez, cambiando de frente como las alas que bate una paloma, volviendo despues en una sola línea y semejante á una serpiente colosal cuya cabeza se veia algunas veces, guiada por el infatigable Mourad, levantarse hasta por encima de los cuadros. De repente las baterías de los atrincheramientos cambiaron de direccion; los mamelucos oyeron tirotear contra sí sus mismos propios cañones y se vieron acribillados por sus propias balas; su flotilla se incendió y voló. Mientras Mourad y sus caballeros empleaban sus dientes y sus garras de leon contra nuestros cuadros, las tres columnas de ataque se habian apoderado de los atrincheramientos, y Marmont, dominando la llanura, cañoneaba desde las alturas de Embabeh á los mamelucos encarnizados contra los nuestros.

Entonces Bonaparte ordenó una maniobra que fué la última y todo concluyó: abriéronse los cuadros, se desplegaron, se unieron, se soldaron como los eslabones de una cadena; Mourad y sus mamelucos se encontraron cogidos entre sus propios atrincheramientos y toda la línea de batalla francesa. Vió Mourad que la batalla estaba perdida, reunió los hombres que le quedaban y entre aquella doble línea de fuegos cruzados, al aéreo galope de sus corceles, se lanzó con la cabeza inclinada sobre su silla, por el espacio que la division Desaix dejaba entre ella y el Nilo, pasó como un torbellino, se internó en la aldea de Gyzeh y volvió á aparecer un instante despues por la parte superior retirándose hácia el Alto Egipto con doscientos ó trescientos caballeros, resto de su poder.

Ibrahim no habia tomado parte en el combate, que estuvo presenciando desde la orilla opuesta del Nilo; apenas vió perdida la jornada volvió á entrar en el Cairo.

Mourad habia dejado en el campo de batalla tres mil hombres, cuarenta piezas de artillería, cuarenta camellos cargados, sus tiendas, sus caballos y esclavas: se abandonó esta llanura, toda cubierta de oro, de cachemiras y de seda, á los soldados vencedores que cogieron un botín inmenso, porque todos aquellos mamelucos iban cubiertos de sus mas preciosas armaduras, y llevaban consigo todo lo que poseian de joyas, de oro y de plata.

Bonaparte durmió aquella misma noche en Gyzeh, en la casa de recreo de Mourad.

Durante la noche, Ibrahim se dirigió á Belbeis, capital de la provincia de Charkieh, llevando consigo á Seid-Abou-Deker, el representante del gran señor.

Al día siguiente se presentaron comerciantes franceses en el cuartel general y anunciaron esta nueva á Bonaparte. Resolvió este tomar posesion del Cairo en la misma noche, y envió á Embabeh al ayudante general Beauvais para que ordenase al general Bon, destacase con las compañías de granaderos de la brigada 52^a, al general Dupuy, investido con el mando del Cairo. Dupuy reunió á los que habia elegido para que le acompañasen, comenzó inmediatamente sus operaciones de trasporte, y se dispuso tranquilamente á verificar con doscientos hombres la ocupacion de una ciudad de trescientas mil almas; sus instrucciones prevenian se aprovechara de la noche para penetrar hasta el barrio franco y fortificarse en él; á las ocho de la noche se operó el paso del Nilo de Embabeh á Boulacq.

Era ya entrada la noche cuando el pequeño destacamento llegó á los muros del Cairo; encontró las puertas cerradas, pero sin puestos que la defendieran; no tuvieron mas que empujarlas los Franceses para que cedieran y se abriesen, dejándoles ver una ciudad sombría y muda: hubiérase creído que entraban en los sepuleros de los califas.

El general Dupuy mandó batir cajas, á fin de que los que marchaban á la cola de la columna no se extraviasen en medio de aquellas calles tortuosas é inhospitalarias. Ejecutóse la órden, y aquel ruido nocturno é inusitado, lejos de

sacar á los Arabes de su letargo, les causó un terror mas profundo todavía.

Sin embargo, encontrar el barrio franco en una ciudad desconocida, y donde de día es difícil dirigirse sin guía, no era cosa fácil para nuestros soldados; así que, se extraviaron, no individualmente, sino en masa. A la una de la noche, y despues de tres horas de marcha por el piso desigual y pedregoso de las calles del Cairo, el general Dupuy, fatigado, mandó hacer alto y derribar las puertas de una gran casa á donde habian llegado: el acaso dispuso que perteneciese á un jefe de mamelucos que habia seguido á Mourad y que estuviese inhabitada. Los Franceses entraron y se instalaron en ella esperando el día, y despues de haber colocado centinelas, se durmieron con tanta tranquilidad como si hubiesen estado en el centro de Paris, en el barrio Popincourt ó en la caserna de Babilonia.

Tal fué el primer acto de la toma de posesion del Cairo; Bonaparte, con todo su estado mayor, hizo aquel mismo día su entrada en la capital del Egipto.

Permanecimos dos años dueños del Cairo y de todo el Delta.

VIII.

SULEIMAN-EL-HALEBY.

A estos recuerdos, en nuestra cualidad de Franceses, fué á los primeros á que rendimos homenaje, y cuando estuvo satisfecha nuestra curiosidad con la excursion que he referido, fuimos á ver la plaza Erbekich; en una de las azoteas de esta plaza es donde fué asesinado Kleber.

El sitio que habia sostenido el Cairo despues de su segundo levantamiento, habia sido muy desastroso para la ciudad; calles enteras habian sido incendiadas, y la mayor parte de las casas destruidas hasta el punto de no poder ser habitadas: la del general Kleber estaba en el número de estas últimas. Kleber se habia retirado interinamente á Gyzeh en la casa de recreo de Mourad, y desde allí iba al Cairo para dirigir los reparos y trabajos. El 23 de prairial del año VIII, se paseaba por una galería que dominaba la plaza, y daba á un arquitecto, Mr. Protain, sus últimas instrucciones, cuando un jóven Arabe se lanzó de un pozo de torno cerca del que paseaban, y antes que el general tuviese tiempo de poderse defender, le dió cuatro puñaladas, una de las que penetró en la aurícula derecha del corazón. Mr. Protain intentó defender á su compañero con un

baston que tenia en la mano, pero recibió tambien seis heridas y cayó desmayado; cuando volvió en sí, el asesino habia desaparecido, y Kleber, en pié todavia, pero sin fuerzas ni voz, se apoyaba en la barandilla. Entonces monsieur Protain se dirigió á él, y le habló de la imprudencia que cometia saliendo sin escolta; pero Kleber le tendió lentamente la mano: « Amigo mio, le dijo, no es este el momento de darme consejos; me siento muy malo... » y cayó muerto.

En aquel mismo dia los cuartel-maestres Perrin y Robert encontraron en el jardin de los baños franceses inmediato al del estado mayor, un jóven Arabe oculto entre paredes medio demolidas, manchado en algunos sitios de sangre; á sus piés habia un puñal enterrado en la arena, y la tierra pegada á su hoja estaba ensangrentada. Este Arabe era de tez bronceada, mirada viva, pequeño de estatura y de rostro picado de viruelas. Conducido ante la comision militar reunida para juzgarle, declaró llamarse Suleiman-el-Haleby, natural de Siria, de edad de veinte y cuatro años, de profesion escribiente, establecido en Alepo; en cuanto á lo demás se encerró en una negativa absoluta. Persistiendo el acusado en negar, dice el proceso verbal, el general ha mandado que recibiese baquetas, siguiendo la costumbre del pais; al punto se le han aplicado hasta que ha declarado estar dispuesto á decir la verdad. Llevado ante el consejo, reproducimos textualmente las preguntas que se la han dirigido y las respuestas que ha dado

Interrogado desde cuándo está en el Cairo;

responde que hace treinta y un dias y que ha venido de Gaza en seis en un dromedario.

Interrogado porqué ha venido;

responde que ha venido á asesinar al general en jefe.

Interrogado quién le ha enviado para que cometiera el dicho asesinato;

responde que ha sido enviado por el aghá de los genizaros; que al volver de Egipto las tropas musulmanas, han pedido en Alepo uno que pudiese asesinar al general en

jefe; que han prometido dinero y grados militares y que él se ha presentado con aquel objeto.

Interrogado acerca de cuáles son las personas á quienes ha sido dirigido en Egipto, si ha participado á alguno sus proyectos y qué ha hecho desde que ha llegado al Cairo;

responde que no ha sido dirigido á nadie y que se ha ido á instalar á la Gran mezquita.

En vista de semejante declaracion, la sentencia no se ha hecho esperar; Suleiman, convicto de haber asesinado al general en jefe Kleber, fué condenado á ser quemada la mano derecha, ser empalado y permanecer en el palo hasta que su cadáver fuese devorado por las aves de rapiña.

Esta ejecucion se verificó cuando volvió el convoy funerario del general Kleber, sobre la columna del fuerte del Instituto en presencia del ejército desolado y de los habitantes aterrizados; porque acostumbrados á la justicia de los pachás y de los beys, para los que toda una ciudad responde del crimen de un hombre, no podian creer que el castigo se limitara al culpable. Por lo demás Suleiman fué tipo perfecto del asesino árabe, que se cree el hombre de la fatalidad y marcha al suplicio sin ostentacion y sin temor, tranquilo y con paso firme como un mártir. Llegado al lugar del suplicio, le despojaron del justillo que le cubria el tronco, y extendieron su mano por encima de la hoguera. El suplicio duraba cinco minutos sin que hubiese exhalado un quejido, cuando un carbon encendido saltó de la hoguera y cayó sobre su brazo en el sitio de la sangría; entonces desapareció por un instante toda su firmeza: luchó para desasirse y pidió le quitasen aquel carbon. El ejecutor le hizo entonces observar que era muy admirable que un hombre como él, que habia mostrado tanto valor cuando su mano entera se consumia, diese lamentos por tan pequeña quemadura.

— No es el dolor quien me arranca gritos, dijo Suleiman, es que reclamo mi derecho: este carbon no está consignado en la sentencia.

Cuando la mano estuvo quemada, el ejecutor hizo subir

á Suleiman al minarete de la mezquita inmediata y le empaló sobre la flecha de la cúpula: permaneció así cuatro horas y media sin morir recitando versículos del Koran y no interrumpiéndose mas que para pedir de beber. Al fin el *muezzin* tuvo piedad de él y le subió un vaso de agua: Suleiman bebió y espiró; despues el cadáver permaneció allí un mes próximamente, durante el que las aves de rapiña ejecutaron la última parte de la sentencia.

El esqueleto de este desventurado ha sido llevado á Francia al mismo tiempo que el cadáver de su víctima. Está depositado en las habitaciones inmediatas al jardin del Rey en la primera sala de anatomía, á la izquierda de la puerta de entrada; es un hombre de cinco piés y dos pulgadas próximamente. Los huesos de la mano derecha están quemados, y todavía se ven en ellos los efectos del fuego; el palo habia roto dos de sus vértebras dorsales; están reemplazadas por dos vértebras de madera que imitan las naturales hasta tal punto que es necesario fijar una grande atencion para distinguir las de las verdaderas.

Resolvimos extender nuestras excursiones al dia siguiente hasta las pirámides, pasando por el campo de batalla y volviendo por Gyzeh. Al amanecer nos llevaron burros de los mejores, con los que en menos de diez minutos estuvimos en Boulacq; pasamos al lado del Nilo, y nos encontramos inmediatamente sobre el campo de batalla donde treinta y dos años antes se habia decidido aquella última contienda del Oriente y del Occidente. Corta fué nuestra investigacion: desde las alturas de Embabeh le descubrimos completamente. Por lo demás, allí todo es propio para el recuerdo y la idea, nada para la instruccion.

Emprendimos, volviendo nuestro camino, hácia las pirámides; no tardamos en vernos obligados á caminar al paso; nuestras cabalgaduras se hundian en la arena hasta los corvejones; de modo que empleamos cerca de cinco horas en llegar á la primera, que nos habia parecido al desembarcar podíamos tocarla con extender el brazo.

La mayor de las pirámides, aquella á que se sabe dan

preferencia, descansa en una base de seiscientos noventa y nueve pies de largo, y desde abajo parecia ligeramente sesgada en su punta: formada de piedras sobrepuestas, cuyas hiladas están en ángulo entrante, presenta una escalera gigantesca cuyos escalones tienen cuatro pies de alto y diez pulgadas de ancho. Al principio nos pareció la ascension, si no imposible, al menos bastante incómoda en su ejecucion; pero Mohammed se agarró á un ángulo, subió la primera hilada, cogió la segunda, y haciéndonos seña de que le siguiéramos, continuó su camino, como si nos invitase á la cosa mas sencilla. Por mas que no fuese mucho placer una subida de cuatrocientos veinte y un pies, bajo un sol ardiente que reflejaba en la piedra por donde trepábamos como lagartos, causábanos vergüenza quedar atrás. Mayer, habituado á correr sobre los filaretos y las vergas de su buque, habia encontrado la ocasion de triunfar, y saltaba de escalon en escalon como una cabra contenta. Al fin, despues de veinte minutos de improbo trabajo, despues de habernos doblado las uñas bastante, y despellejado las rodillas, llegamos á la cúspide, de donde nos fué preciso pensar casi en el mismo momento en volver á bajar, so pena de ver fundirse inmediatamente la poca gordura que el sol de Egipto nos habia dejado sobre los huesos. Sin embargo, tuve tiempo de abarcar fácilmente con mis miradas todo el paisaje. Dando la espalda al Cairo, tenía á mi izquierda el inmenso bosque de palmeras que cubre á Menfis; mas allá de este bosque, las pirámides de Sakkara; mas allá de las pirámides de Sakkara el desierto: frente á mí el desierto; á mi derecha el desierto; es decir, una vasta llanura de color de fuego, y que no presenta de trecho en trecho, por todo accidente del terreno, mas que algunas columnas movibles, formadas por la arena, y que el viento reúne y hace desaparecer alternativamente; en el lado opuesto á Egipto, es decir, el Nilo corriendo en el fondo de un valle de esmeraldas; luego el Cairo, ciudad viva entre Fostad y los sepulcros de los califas, sus dos Germanas muertas; mas allá del sepulcro de los califas, la

extensa cadena del Mohattan, que cierra el horizonte como una muralla de granito. Me paseé un instante sobre la plataforma, que me pareció tener de treinta á treinta y cinco pies de longitud: algunas piedras enormes que han quedado en pie, parecen los picos cortados de una cresta de montañas. Aquella roca está cubierta de nombres, entre los que eran todavía visibles los de una parte de los generales de la expedicion; al lado de esos nombres ilustres, encontré los de Carlos Nodier y de Chateaubriand, que Mr. Taylor habia escrito en un viaje anterior.

De allí dirigí mis ojos bajo nuestros pies, y vi los burros y los burreros del tamaño de escarabajos y hormigas; les tiré una piedra, pero por mas que la lancé con toda mi fuerza, cayó en los flancos de la pirámide, y llegó á tierra saltando de escalon en escalon.

Este último ejercicio me hizo pensar en la bajada; y preciso es decirlo, la cosa me pareció mucho mas difícil que la subida: el borde de cada escalon, por la desproporcion que habia entre la altura y el ancho, oculta los bordes de los que le siguen, de modo que al parecer no hay otro medio de llegar abajo mas que sentarse en aquella rápida pendiente y dejarse escurrir. Felizmente se reflexiona antes de aventurarse á semejante deslizamiento: por otra parte, una vez bajado el primer escalon, se ve el segundo, y así los demás. Sin embargo, lo repito, la marcha no es cómoda, y las personas que padecen vértigos harán muy bien en privarse de la ascension.

En cuanto llegué al suelo, caí sobre la arena; me moria de calor y de sed: en todo mi viaje habia sentido nada, ocupado como estaba en velar por mi seguridad personal. Mohammed me pronunció entonces un largo discurso acerca de la necesidad de beber poco á poco; yo le arrebaté la botella de las manos, y me bebí su contenido de un solo trago. Pero en cuanto apagué mi sed, sentí hambre. Felizmente confesaron todos francamente que se encontraban con las mismas disposiciones, de modo que por unanimidad se decretó almorzar. Hicimos aproximar al burro que

llevaba las provisiones, y reconocimos con satisfacción que no le había sucedido accidente alguno.

Dimos vuelta á la pirámide para buscar algo de sombra. Por desgracia estaba el sol en su zenit, de modo que caía por igual sobre las cuatro faces de la tumba de Cheops. Recorrimos los contornos sin hallar un sitio donde permanecer mas de cinco minutos sin volvernos locos. Entonces nuestros Arabes nos enseñaron, á un tercio de la altura de la pirámide, por el lado del Norte, la entrada por donde se penetra en el monumento. Aquella sombría boca que abría el coloso como para respirar, nos pareció tan oscura y fresca, que por mas fatigados que estuviésemos, nos volvimos á poner en marcha, y llegamos á ella en menos de cinco minutos. Allí encontramos un lugar como un comedor, si no muy cómodo, al menos muy fresco; esto era todo lo que pedíamos.

Terminada la comida, hicimos nos subiesen antorchas, á fin de visitar, puesto que nos hallábamos allí, el interior de la pirámide. Penétrase en aquel monumento por una galería cuadrada que presenta un espacio abierto de un metro en todos sentidos próximamente, y que desciende á lo interior con una inclinación de cuarenta y cinco grados. A medida que nos alejamos de la entrada, se siente disminuir el calor; pero á lo espeso de la atmósfera por el humo de las antorchas, se mezcla un polvo impalpable levantado con los piés de los que visitan aquel sitio, que hace el aire muy fatigoso para la respiración. Por último se llega á dos habitaciones, llamadas, la una la cámara del rey, la otra la de la reina; en la primera hay un sarcófago de granito, cuya tapa está rota, la segunda está vacía.

Salimos de las cámaras de sus majestades donde absolutamente no hay nada que ver mas que las paredes, para ir á saludar á su alteza la esfinge; está algunos centenares de pasos mas cerca del Nilo que las pirámides: es el gigantesco mastín que guarda aquel rebaño de granito. Con el auxilio de mis Arabes conseguí subir sobre sus espaldas, y de las espaldas sobre la cabeza, lo que cuesta un trabajo

regular. Mayer me siguió inmediatamente. Deslicéme al punto otra vez por las espaldas del coloso á tierra, y me puse á dibujarle, mientras Mayer, en piésobre una oreja, le hacía el oficio de plumaje: esto me dió naturalmente la escala de proporción.

Cerca de la gran pirámide hay otra mas pequeña, cuya cúspide está perfectamente conservada y termina en punta; rara vez se sube á ella, y el primero que llegó á la parte mas alta, segun nos dijeron nuestros Arabes, fué un tambor francés que perseguido por unos mamelucos, no encontró nada mejor que escalar aquella muralla á donde sus enemigos no podían perseguirle. En cuanto llegó al extremo mas elevado, se le ocurrió la idea de tocar llamada con toda su fuerza para pedir socorro: el alboroto que armó se oyó á una legua á la redonda, y el general Regnier envió dos compañías, las cuales pusieron en fuga á los mamelucos, abandonando al sitiado, el cual bajó de la pirámide con los honores de la guerra.

Volvimos á montar en nuestros burros y dimos la vuelta por Gyzeh, no para ver la casa de recreo de Mourad, de la que no creo quede vestigio alguno, sino para ver el establecimiento de los pollos huérfanos.

Sabido es que en Egipto se ha reemplazado á las gallinas, que con la mejor voluntad de la tierra y la mayor abnegación del mundo no pueden empollar mas de quince huevos á la vez, con hornos calentados al vapor, en los que se hace salir del cascaron á millares de polluelos. Esta interesante institución está bajo el cargo de un director, quien no solo trabaja para sí, sino que pone en incubación todos los huevos que le llevan, y de los que se encarga mediante una pequeña retribución. La habitación en que coloca á sus pensionistas engallados es una larga galería en que se ve á cada lado una serie de celdas de dos pisos, que comunican entre sí por una abertura practicada en el centro, y destinada á conducir el calor que envía un horno subterráneo, caliente siempre á un grado calculado. La abertura de estas celdas da á la galería; los diez ó doce primeros dias permanece

cerrada, después cada día se abre algo más tiempo; al fin, al vigésimo día han llegado á sazón los pollos.

Llegamos nosotros precisamente cuando una hornada estaba de parto, de modo que el alumbramiento se verificó á nuestra presencia. La operacion es de las más sencillas: se rompen los hueyos como para hacer una tortilla; se mondan los pollos como judías, en seguida se les echa unos sobre otros en el horno donde han sido calentados, sin más precauciones que cuando se amontonan piedras. El primer acto de existencia que ejecuta toda aquella pollada, es piar al que más puede, y el segundo buscar su alimento: pero esta es una exigencia desgraciada, porque el amo del establecimiento se ha encargado de sacarlos del cascaron, pero no de alimentarlos. Por lo demás, pueden vivir así tres días, sin duda con el calor; pasados los cuales, si no son reclamados por sus propietarios, pertenecen al empollador, quien los envía al mercado y los hace vender sin cebarlos de otro modo.

Volvimos al Cairo pasando por la isla de Rondah, donde está edificado el nilómetro.

Este instrumento, que sirve para medir la altura de la crecida del Nilo, no es otra cosa que una columna de diez y ocho codos, contando con su capitel, y en la que se señala todos los años el nivel del río en su mayor elevacion. Este mekias, muy destruido en la época en que el ejército francés ocupó el Cairo, fué restaurado por orden del general Menou, y bajo la direccion del ciudadano Chabrol, ingeniero de caminos y canales. Terminadas las reparaciones, se construyó un pórtico á la entrada del monumento, y bajo su peristilo, por encima de la puerta, se fijó una lápida de mármol blanco, en la que se grabó en francés y en árabe la siguiente inscripcion:

EN EL NOMBRE DE DIOS CLEMENTE Y MISERICORDIOSO.

El año IX de la república francesa, y el 1213 de la egira, treinta meses después de ser conquistado el Egipto por Bo-

naparte, Menou, el general en jefe, reparó el mekias. El Nilo correspondia en su mayor descenso á los tres codos y diez dedos de la columna, el día 10°. después del solsticio del año VIII.

Comenzó á crecer en el Cairo el día 16°. después del mismo solsticio.

Se elevó dos codos y tres dedos por encima de la caña de la columna, el día 107°. después de ese solsticio.

Comenzó á crecer el día 114°. después de dicho solsticio.

Todas las tierras han sido inundadas. Esta extraordinaria crecida de catorce codos y diez y siete dedos, deja esperar un año muy abundante (1).

En aquella noche, al volver al Cairo, Mr. Cydoux, el doctor del *Lancero*, que nos habia acompañado con el filantropico objeto de curarnos oftalmías, se vió atacado de esa enfermedad. Mr. Msara nos dió al punto el consejo de enviar á buscar á Mr. Dessap, médico francés de Besanzon, que ha permanecido en el Cairo desde la expedicion francesa, y que ha adquirido una grande experiencia en la curacion de las afecciones de los ojos, á que se ha dedicado especialmente. Nos apresuramos á seguir su consejo, y una hora después vimos entrar un venerable anciano vestido á la oriental, y llevando su barba en una mano: era nuestro compatriota.

Los Arabes, que miden la ciencia por la longitud de la barba, le tienen en la mayor veneracion. Apresurémonos á añadir que la merece, y que en él no promete la apariencia más de lo que posee la realidad.

(1) La caña de la columna es de diez y seis codos: el codo es de cincuenta y cuatro centímetros: se divide en veinte y cuatro dedos.